

## HAGAN JUEGO

No fuimos nosotros los que pusimos  
en cada angosto rincón, en cada piedra  
esas voces internas, viscerales, que nos animan  
a sorprender el azar aceptando las reglas,  
ese cansado sonsonete del croupier  
que nos empuja hacia el tapete verde  
y magnetiza nuestros ojos en el cantar dislocado  
de la bola en la ruleta.

No hay por qué pensar que tomamos parte  
en la tramoya minuciosa que sostiene  
las lámparas nobles de cristal tallado,  
los agitados escotes vencidos sobre la mesa de juego,  
pechos que, oprimidos entre los números, palpitan.  
Pero sin embargo, a pesar de los efluvios del licor ambarino,  
a pesar del humo y de algunas risas huecas,  
sabemos que la camisa nos oprime,  
que nos ha dado fichas uniformes  
inútiles para cualquier otra alternativa.

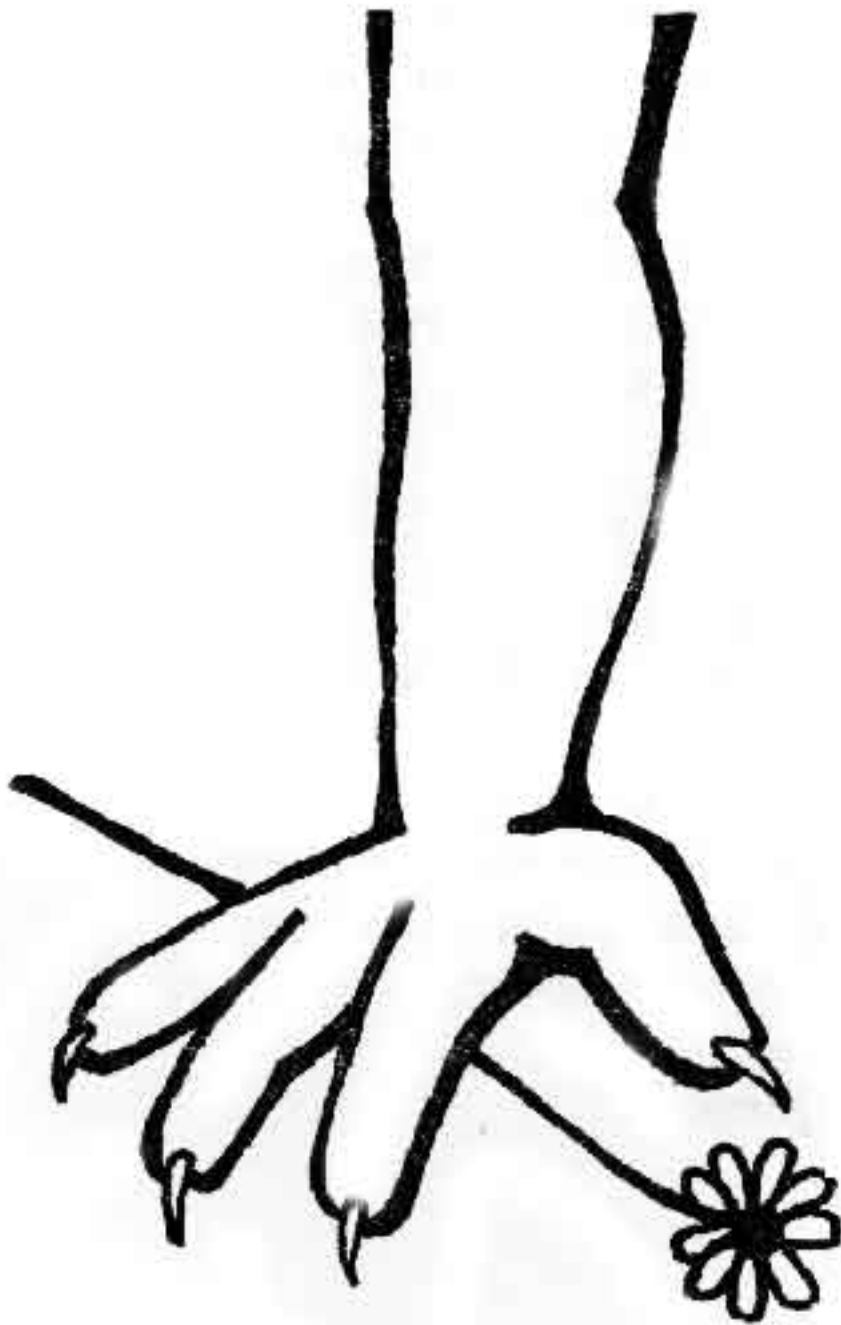
Y nos murmuran, nos aconsejan, nos gritan ¡hagan juego!  
Los números rojos, negros, ¿qué si no nos queda?  
El mar en la caracola, el genio en la lámpara,  
la parcelada incertidumbre entre las normas. ¿Qué si no?  
Es posible que las cenizas supervivientes  
del primer incendio del deseo se engañen a sí mismas  
y nos acerquen en un sueño azul de libertad  
a la mezquina evasión del par o impar,  
del rojo o negro.

Y es posible que una voz erecta gritando ¡no va más!,  
se funda con el eco de aquella  
que en el vestíbulo, antes de entrar,  
al dejar los guantes blancos y el marfil del bastón,  
pudimos haber oído.

Puede que te suene familiar su acento,  
su timbre, su cadencia. Puede que nada recuerdes.  
Pero no dejarás de preguntarte quién ha puesto  
en cada angosto rincón, en cada noche,  
esas voces de oleaje y reloj  
que proclaman ¡hagan juego!

## CAZA NOCTURNA

Mala hora la nuestra y no efímera  
sino extensa hasta más allá de los recuerdos.  
Esta hora de ahora  
que no puede ser sino perversa y malintencionada  
al traernos a raudales miradas de lechuza  
abiertas con espasmo a los conjuros,  
extrañas posiciones de astros cabalísticamente fúnebres  
y un suave tacto de manos infantiles  
que por los resquicios penetra.  
Ante tus ojos pasan y en ellos se miran  
sombras orientales, ingenuos payasos de comedia del arte  
que ser comedia de vida tal vez quisieron,  
contrahechos danzantes de la muerte, burlones pecados  
encendidas rosas de Jericó que escasas abrazaste.  
Y de vez en tarde, sobre tus mejillas,  
el mismo tenue tacto de manos infantiles.  
Mala hora ésta la tuya  
en que la parálisis del horizonte  
te ha ganado para su juego.  
Mala hora la de la entrega sin condiciones  
cuando absorto te sometes al desfile de los vagos fantasmas  
y tus labios comparten el éxtasis inmóvil de las cosas inertes  
y esperas que la vida levante el vuelo.



## LAS LANZAS

[*Meditación ante una verja*]

Las lanzas fueron antiguamente de piedra.

Las piedras no tuvieron filos

hasta que el hombre

dejó de usarlas para construir su techo.

La piedra

supo del palo atado a ella.

Se encontró de pronto

cobijada en un vientre.

Cuando oyó llamarse arrojadiza

se sintió como prostituida

y tuvo vergüenza.

Más tarde las lanzas se hicieron de metal.

Una herida helada se conserva mejor.

(Las piedras volvieron al arroyo

para curarse sus aristas.)

Las lanzas vencieron ejércitos,

conquistaron imperios,

arbolaron cabezas.

Un buen día

los hombres recogieron todas las lanzas,

les quitaron las alas

y las plantaron como árboles.

Para siempre.

Andan orgullosas por calles y plazas

protegiendo conciencias y collares.

Muy prietas, muy en su papel.

Aún surca su rostro violento

un duro gesto de amenaza.